

José Antonio Cotrina

Las fuentes perdidas

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com
Imagen: © Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© José Antonio Cotrina Gómez, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-776-6
Depósito legal: M.10.019-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Michael Santorum y Sofía Passini,
por la sorpresa y el regalo constante de ser ellos.*

Agradecimientos:

A Carmen Pila, por todo y más. A Santiago García, por sus consejos e insultos. A Ekaitz Ortega y Mariano Villarreal, por encontrar un hueco en sus agitadas vidas para echarme un cable. A mi hermana, por las indicaciones surrealistas en los márgenes de la novela. A los ludotequitos del Nautilus, por ser de los primeros en leerla. A los habitantes de la segunda luna de Endor, por el tiempo, el sueño y ayudar a Délano a trascender del esmeralda. Y, cómo no, a las luces casuales que iluminan las noches más oscuras y me mantienen en camino.

Gracias a todos.

He paseado por una calle con el mejor cigarro del cosmos entre los labios, y más Borgoña en mi interior del que has visto en tu vida, y ansiado que el farol se convirtiera en un elefante para salvarme del infierno de esta existencia vacía.

G. K. CHESTERTON, *El napoleón de Notting Hill*

En último término, lo que amamos es nuestro deseo, no aquello que deseamos.

FRIEDRICH W. NIETZSCHE

Queequeg era natural de Rokovoko, una isla lejana del Suroeste. No figura en mapa alguno. Le ocurre lo que a la mayoría de los sitios que existen de verdad.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

I II III IV V VI VII VIII IX X
—El elenco. Misterios Furtivos.
Casas Iguales. Fortuna y gloria—

El hombre del traje de terciopelo acarició el ankh de su oreja izquierda con un gesto que, de tan lento, parecía no existir. Llevaba más de media hora observando la puerta que tenía ante él: una locura tallada en madera negra que daba un significado nuevo al término colosal. La flanqueaban dos estatuas majestuosas de Thot, la deidad egipcia de la sabiduría, tan altas que, desde donde se encontraba, apenas distinguía sus cabezas de ibis. Las sombras de ambas estatuas se precipitaban como manchas viscosas contra el piso de tierra.

El caballo azul junto al hombre relinchaba y corcoveaba sin parar, aterrorizado por la puerta y lo que se escondía tras ella. Solo el hechizo de dominación que lo ataba a su amo hasta más allá de la muerte impedía que escapara. El segundo sujeto estaba un poco más atrás, un joven fibroso de ojos ávidos y nariz aguileña. Su cabello negro, largo y descuidado, estaba tan grasiento que brillaba a la luz de la antorcha que sujetaba tanto o más que las cadenas de su cazadora. Su montura, del mismo color que la de su compañero, tenía la mirada velada por cuajarones de sangre. Hacía tiempo que había dejado de respirar y solo una suerte de inercia mágica la mantenía en pie. Mientras aguardaba a que el otro tomara una decisión, el joven arrancó una larga tira de carne del lomo de su caballo, se la metió en la boca y la masticó

despacio, saboreándola. El animal ni siquiera se inmutó. Toda su grupa era una carnicería.

Tras una eternidad de espera, el hombre del traje oscuro sacudió la cabeza, abatido, y montó en su caballo. El animal se encabritó, sus cascos delanteros hendieron el aire y de sus belfos desencajados escaparon largas hilachas de espuma. No hubo palabras entre los dos hombres. No hizo falta. El jinete del caballo azul y el jinete del caballo muerto volvieron grupas a la oscuridad y partieron al galope, llevándose con ellos el resplandor de su antorcha. Las tinieblas se acomodaron de nuevo en la gran caverna, y solo quedaron holladas por el brillo de los ojos de las estatuas.

El nigromante pasó una página del libro que sostenía ante su rostro. Estaba tumbado en su cama, envuelto en una telaraña de sombras que se agitaban inquietas de un lado a otro. Los únicos sonidos en la estancia eran el de la respiración del mago y, de cuando en cuando, el susurro leve de una página al ser pasada. La luz era escasa, mortecina, pero el nigromante no tenía problemas a la hora de leer: de hecho casi se sabía el libro de memoria.

Se titulaba *Mientras me desangro*. Era un libro fino, formado por un prólogo de veintiocho páginas, un epílogo de cuarenta y cinco y, entre ambos, los veintiocho versos que había escrito Ernest Albor mientras, como indicaba el título, se desangraba y moría. El poeta escribía a la par que la conciencia se le escapaba, ahíta de absentia y posiciones, por las heridas que, en vertical, se había practicado en la muñeca izquierda con una espina de rosa. La última palabra del poema aparecía truncada; la inconsciencia que precede a la muerte le había arrebatado la pluma de la mano antes de poder terminarla. Si Albor había finalizado la palabra en la otra vida, era algo que

el hechicero no podía averiguar. El poeta suicida había muerto la muerte verdadera, la que tarde o temprano, vivos, muertos, fantasmas y ecos deben morir. Y la muerte verdadera era un territorio vedado hasta para los nigromantes.

Tras saborear durante unos segundos la palabra incompleta, aquella que remataba el poema, dejó el libro sobre la mesilla. En ese momento un susurro procedente de la estancia contigua le hizo aguzar el oído, atento a una posible repetición del sonido que indicara que este no había sido casual, que no había sido el viento o la madera acomodándose.

–Sforza... –dijo una voz tan suave que convertiría un suspiro en un grito.

Ese era su apellido como Adriano era su nombre. Ya no había lugar a dudas: lo llamaban. Bajó de la cama y se encaminó hacia la habitación vecina. Avanzaba desnudo, despacio, con una elegancia depredadora. Su espalda, pálida y huesuda, estaba cubierta por largas manchas de sangre. Las moscas que habían dormitado hasta entonces en el interior de la pantalla de la lámpara desplegaron sus alas y echaron a volar tras él, dándole escolta.

–Sforza... –repitió el silencio.

El nigromante abrió la puerta. En la luz mortecina de la habitación flotaban perlas diminutas de sangre, una llovizna carmesí que no llegaba a caer. Tras la lluvia quieta pudo ver el cuerpo despellejado sobre la cama; estaba atado a ella con cuerdas tejidas con sus propias vísceras y empalado al colchón por sus propias costillas. Cuando se percató de la presencia de Sforza, aquello trató de incorporarse; su rostro roto se asomó en la carnicería que era su cuello y le dedicó la mirada mugrienta de unos ojos sin párpados. En la boca desencajada de lo que

días antes había sido una mujer palpitaba un corazón al que le tenían prohibido morir.

Sforza, el nigromante, tal vez no supiera lo que acontecía al traspasar el velo de la muerte verdadera, pero conocía mil modos de retrasarla y retorcerla a su antojo. Sí, Adriano Sforza conocía antiguas artes y ciencias, todas ellas emparentadas con el horror y el asesinato, con el dolor y la agonía.

–Te buscan, Sforza... –dijo la voz tras el corazón palpitante–. Te buscan.

El nigromante se acarició la barbilla en la habitación de la llovizna quieta, pensativo. Las moscas se posaron sobre sus hombros y bebieron, a sorbos lentos, la sangre a medio secar que se acumulaba allí.

El hombre de piedra comprobó por enésima vez la roca gris que era la palma de su mano. En ella, apenas esbozada, una silueta difusa se recortaba contra un páramo color ceniza. La figura se aproximaba cada vez más, pero de manera lenta, indolente; sin embargo, algo en su figura, en su porte, traducía ese movimiento perezoso en amenaza. ¿Qué sentido tenía aquella visión? ¿Qué era lo que le mostraba la roca calcárea de su mano? ¿Le mostraba al que había mandado llamar o era otra presencia la que se aproximaba?

El rumor de los rezos de la congregación aumentó una octava. La gruta circular en la que se encontraban parecía orar también, envolviéndolos a todos con su eco de piedra muerta y con el baile lento de un millar de sombras.

La visión seguía siendo oscura, pero lo perturbaba. El hombre de piedra estaba tan tenso como las placas tectónicas que intuyen la inminencia del terremoto. Tal vez fuera simple nerviosismo ante los acontecimientos que

pronto se iban a poner en marcha. ¿Era lícito tener miedo de una sombra? ¿Podía permitirse mostrar debilidad cuando todo estaba a punto de comenzar? Sus acólitos rezaban a su alrededor, dedicando plegarias a dioses oscuros y terribles. El hombre de piedra invocó su alfanje negro y, con dos movimientos gemelos en altura pero no en dirección, decapitó a los dos orantes más próximos. No hubo el menor titubeo en los rezos de la congregación. Las plegarias siguieron fluyendo con la misma cadencia monótona con la que respondía el eco y danzaban las sombras.

Hizo desaparecer el alfanje y contempló de nuevo la piedra gris que era la palma de su mano. Tres gotas de sangre habían ocultado en parte la figura lejana: ahora su cabeza parecía teñida de rojo. El hombre de piedra cerró con violencia el puño y disfrazó un escalofrío de pánico con una maldición que ni siquiera el eco osó repetir.

Alexandre contempló el ataúd que flotaba y giraba en el campo de gravedad nula. Era un féretro de cristal, tan fino que parecía tejido en el mismo aire. Dentro reposaba el cuerpo de Ada, vestida con una túnica de color crema; su pelo color miel estaba recogido en una larga coleta anudada al cuello. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho; entre ellas, una flor de vidrio negro se deshacía en destellos. Alexandre la observaba desde el mirador que rodeaba las paredes del mausoleo, fabricado en aquel mismo cristal casi insustancial. Se aferraba con tanta fuerza a la baranda que sus manos apenas tenían color. Se sentía vacío, tan terriblemente vacío que ni siquiera era capaz de experimentar pena por la pérdida de la que había sido su compañera, su amiga, su amante... No sentía nada, tan solo carencia, una carencia brutal;

como si en lo más profundo de su ser se hubiera abierto una grieta por la que se fuera derramando sin remisión.

Una voz de mujer a su espalda le hizo girarse:

–Vine en cuanto recibí tu mensaje, Alexandre.

Era Gema Árida. No la había oído llegar, pero había escuchado los ruidos de amarre de una nave a la estructura de atraque del cementerio orbital. Gema Árida estaba ataviada con los hábitos que la identificaban como espiritista: una blusa blanca holgada, el cinturón ancho del color azul propio de su gremio –y de sus ojos– y una larga falda negra. Él agradeció su presencia y aceptó la mano que le tendía, estrechándola con fuerza.

–¿Puedes hablar con ella? –preguntó. Casi logró sustraer toda impaciencia de su voz–. ¿Puedes hacerlo?

–Puedo –contestó ella, retirando la mano de su presa–. Todavía no ha traspasado el velo de la muerte verdadera y está a mi alcance. ¿Pero de verdad quieres que lo haga?

Él asintió con vehemencia.

–Por favor. –Sus ojos eran negros, sin rastro de iris ni pupila: dos abismos fríos–. Solo dile que la echo de menos. Solo eso. Nada más.

La espiritista miró a Alexandre, asintió y desvió la vista hacia el ataúd que flotaba en el centro del mausoleo. Concentró todo su pensamiento en la conciencia que todavía residía en aquel cuerpo. El mero hecho de encontrarla, un ovillo pulsátil en la garganta, le costó gran esfuerzo; había forzado mucho su poder en los últimos días y, lo que en otras ocasiones habría sido algo sencillo y rutinario, se convirtió en un auténtico reto. Gema Árida, preocupada por el viaje que estaba a punto de iniciar, había buscado el consejo de viejos oráculos y sibilas, y el esfuerzo de comunicarse con ellos la había agotado por completo. Se centró en la tarea: la concien-

cia vital de Ada era esponjosa y tibia, una redecilla de recuerdos y sentimientos que latía envuelta en un resplandor nacarado. En cualquier otra ocasión no habría tenido problema alguno en comunicarse al instante con ella, pero, agotada como estaba, tardó unos minutos en hacerla reaccionar y darle el mensaje de Alexandre. Tras un breve silencio –que no era silencio, sino la apertura de lo que se aproximaba– en la mente de la espiritista se desplegaron palabras en forma de rocío multicolor: «Estoy muerta. Dile que lo amé y que disfruté de su amor. Dile que debe aprender a vivir sin mí. Y déjame ahora, quiero descansar».

Gema Árida asintió despacio sin apartar la vista del cuerpo en el ataúd. Suspiró y se giró hacia Alexandre, que aguardaba expectante.

–Tiene miedo –dijo Gema con la voz quebrada–. Siente que le han arrebatado la vida antes de que la disfrutara en la medida adecuada. Y te echa de menos.

La espiritista apoyó su mano en el hombro de Alexandre en un intento de insuflarle las fuerzas que se le escapaban, de mantenerlo en pie solo con el contacto de sus dedos.

–Hay un modo –le recordó ella.

Él asintió con la mirada perdida más allá de las frágiles paredes de cristal del mausoleo en órbita a la Tierra. Sus ojos negros parecían, más que nunca, cuajados de sombras.

Délano Gris estaba concentrado en su jarra de cerveza. La miraba con los ojos entrecerrados mientras se llevaba un cigarrillo a los labios. El reloj de pared se arrastraba con lentitud exasperante hacia las dos en punto de la mañana. En el local, una cafetería con nombre de río y vals –Danubio– escondida en una plaza de Madrid, solo

quedaban Déllano y un camarero abatido que deambulaba tras la barra bayeta en mano.

El establecimiento estaba dividido en tres plantas: por una escalera angosta se accedía a una sala ocupada por varias mesas y sillas antiguas, las dos puertas de acceso a los servicios —el dibujo de una guitarra para ellas y un clarinete para ellos—, y un piano acotado por cuerdas y adornado por el inevitable cartel de «No tocar». Por una segunda escalera solo un poco más ancha que su vecina se descendía a una pequeña librería, que anunciaba los descuentos extraordinarios que anteceden al cierre por quiebra. Toda la cafetería estaba alicatada con azulejos de un color desvaído e impreciso, entre el azul y el blanco. Dos exposiciones diferentes se repartían las paredes: una colección desafortunada de retratos antiguos con los rostros de los modelos distorsionados hasta hacerlos irreconocibles, y una serie de pentagramas musicales enmarcados cuyas notas habían sido sustituidas por mariposas.

Había algo de hogareño y amable en la cafetería con su librería en quiebra. A excepción del carraspeo ocasional del camarero, todo parecía particularmente cálido, como si alguien conocido y familiar, largo tiempo perdido, largo tiempo olvidado, estuviera a punto de entrar con buenas noticias y un montón de abrazos. Desde fuera llegaba el parloteo frenético de la lluvia, haciendo aún más confortable si cabía la tibieza del interior.

La aguja del minutero hizo un esfuerzo y saltó un minuto más; Déllano casi creyó verla dudar antes de dar el paso final. Una mosca trazaba círculos perezosos en el aire, perseguida de cerca por su zumbido. Las sillas ya estaban cabeza abajo sobre las mesas. La música clásica que sonaba en la cafetería cuando llegó había muerto en silencio armónico hacía más de quince minutos. El ca-

marero carraspeó por tercera vez. Estaba deseando que el cliente del pelo gris ratón se decidiera a marcharse de una vez para dar por terminada la jornada. La cuestión era que Délano no tenía la menor intención de cumplir sus deseos: tenía una cita.

Buscó su mechero de hueso de grifo y lo encendió; la llama blanca prendió el cigarrillo a la primera y Délano aspiró una honda bocanada de nicotina, alquitrán, papel y humo.

—Perdone —el camarero se acercó a él, como si la chispa de su mechero hubiera sido el banderazo de salida a su ruego—, es tarde ya, cerramos a la una y media y tengo que cumplir el horario.

Délano Gris levantó la vista de la jarra y miró alternativamente al camarero y al reloj de pared, con la expresión somnolienta del que ha sido levantado de la cama por causas de fuerza mayor. Para corroborar esa impresión se permitió un largo bostezo antes de contestar:

—Hagamos la vista gorda por una vez ¿de acuerdo? —dijo, fundiendo el principio de su frase con el final de su bostezo—. Si no le dices a nadie que estuve aquí a estas horas, yo no le contaré a nadie que has cerrado tarde.

—¿Disculpe? —El camarero parecía confuso.

—Olvídalo. Mira, te cuento. —Se encaramó en el taburete para acercarse al camarero, que equilibró su movimiento retrocediendo un paso, preguntándose tal vez si aquel hombre podría llegar a ser peligroso. Su espalda chocó contra la cafetera apagada. Délano siguió hablando: Tengo una cita, y, por lo que parece, a esa gente se la trae floja que la cafetería esté cerrada, porque la cita es a las dos.

—Lo lamento, señor, pero tengo que cerrar. Puede esperar fuera.

—¡Está lloviendo! —se quejó él.

El camarero se encogió de hombros, salió de la barra, entró en un pequeño cuarto y volvió a salir con una escoba en una mano y un recogedor en la otra.

—Mire, haremos una cosa: puede quedarse mientras barro y ordeno las cámaras —concedió—. No me llevará mucho, pero puede que su cita llegue mientras tanto.

—Está bien. Gracias.

Délano volvió a fijar su atención en la jarra de cerveza, todavía llena en más de su mitad, y pensó en la carta que lo había llevado hasta allí. Era una nota breve, entregada por un hombre oscuro y silencioso —un criado, dedujo— en su casa de Tokio. El texto de la nota lo citaba, en menos de cuatro horas, en una cafetería madrileña, algo del todo imposible si no se conocían ciertos atajos o se dominaban determinadas artes. El asunto a tratar, continuaba la carta, le resultaría tan fascinante como provechoso. Sus intentos por interrogar al emisario fueron vanos: el hombre no comprendió o no quiso comprender ninguno de los idiomas en los que Délano le hablaba, y todo intento por leer entre líneas en él se saldó con la bruma densa que desprendían los protegidos contra la lectura. El criado se limitó a sonreír y sacudir la cabeza hasta que Délano desistió y regresó dentro.

Tomó asiento en la cocina e intentó leer entre líneas en el mensaje, pero no salió a la luz ni un atisbo de información: la nota, como el emisario, estaba protegida. Ese detalle bastó para disuadirlo de acudir a aquel encuentro. Si se habían tomado la molestia de proteger el mensaje contra la lectura no debían de tramar nada bueno, y ver satisfecha su curiosidad no compensaba el riesgo. Cuando a punto estaba de arrojar la nota a la papelera y regresar a la cama con Kaori, su geisha enamorada, se detuvo, sin aliento, sacudido por una sensación incomprensible de vértigo y urgencia. Hasta la luz pare-

ció fluctuar. Un palpito que en nada tenía que ver con la lectura entre líneas le dijo que aquello era importante. Muy importante.

Y por eso estaba allí, aguardando a que su cita misteriosa hiciera acto de presencia. El camarero se acercó a él de nuevo una vez terminó de ordenar las cámaras frigoríficas.

—Caballero, ya he terminado por hoy; si no le importa, me gustaría marcharme a casa.

Délano suspiró y se dispuso a bajar de la banqueta. Si no le quedaba otro remedio esperaría al resguardo de una cornisa o de un portal o, mejor aún, olvidaría aquel asunto rocambolesco y regresaría a casa. Estaba claro: le habían tomado el pelo. Por un instante tuvo la loca idea de que alguien podía quererlo fuera de Tokio y que él había picado de la manera más burda; si llegaba a la ciudad y se encontraba una legión de lagartos gigantes reduciéndolo todo a escombros se iba a sentir muy culpable.

La puerta de la cafetería eligió ese momento para abrirse. En el umbral apareció un hombre embozado en una gabardina oscura, seca a pesar del aguacero. Sus ojos refulgían entre las sombras que proyectaba el ala de su sombrero. Una amplia sonrisa se abrió paso bajo aquella mirada llameante y, como esta, pareció pender directamente sobre el vacío, como si no hubiera rostro alguno que la sustentara. Si un relámpago hubiera caído en ese instante a la espalda de la siniestra figura, Délano no se habría sorprendido en lo más mínimo. Casi se sintió defraudado cuando aquello no ocurrió.

—¿Délano Gris? —La voz era quebradiza y tenía un deje amargo que le hizo pensar en venenos mortales, venenos de agonía lenta. La corriente de buen humor que acababa de recorrerlo se le congeló en las venas. Había algo errado en aquella voz.

–Soy yo –respondió él. Escrutó en las tinieblas suspendidas entre el cuello alzado de la gabardina y el ala del sombrero en un intento de proporcionar más rasgos a su interlocutor. No lo consiguió.

–¿Délano Gris? –repitió aquel hombre que apenas era una sombra contra la noche–. Conocido tramposo, aventurero ventajista, infame cabrón de nombre falso, pícaro sin escrúpulos y mercenario.

Délano entrecerró los ojos. Su primera intuición había sido correcta; bajo el sombrero no había rostro alguno: tan solo tinieblas y destellos.

–Una descripción hiriente, pero acertada. ¿Quién es y qué quiere de mí?

–Disculpen, disculpen... –terció el camarero, tenaz–. ¿Les importaría seguir con su charla fuera? Estoy cerrando.

–Sí, sí... No nos importa, ¿verdad, Délano Gris? ¿Salimos fuera? ¿Sí? Solo será un momento.

Délano estudió unos instantes la figura en el umbral antes de decidirse a seguirlo fuera. Fue consciente del peso de su pistola en la cintura, y ese peso le infundió cierta tranquilidad. A medida que se acercaba hacia el hombre –si era un hombre, cosa que dudaba– este retrocedía para que siempre quedara la misma distancia entre ambos. Las sombras de la noche se arremolinaban a su alrededor, densas y deslustradas. Intentó leer entre líneas y se encontró con una fuerte protección y el consiguiente escozor de ojos.

–Bien. Porte altivo y mirar suspicaz. Armado, nervioso y dispuesto a disparar si le doy la más mínima excusa.

Délano recibió la lluvia fría con un estremecimiento que tenía que ver más con su inquietud que con la temperatura.

–No me la des entonces. ¿Quién eres y qué quieres de mí? –preguntó de nuevo.

–Solo soy un sirviente de los que te han mandado llamar. Te guiaré hasta ellos.

–¿Y a dónde se supone que me vas a llevar?

La cosa embozada cabeceó en dirección a la cafetería que Déllano acababa de abandonar:

–En su sombra te aguardan.

La lluvia arreciaba y el fuerte viento hacía restallar capas y capas de agua helada contra las fachadas de los edificios.

–Nunca entro en sombras –señaló Déllano, rotundo, con una voz tan fría como la noche.

–Tenemos entonces un conflicto de intereses. –El sombrero tembló, sacudido por una carcajada violenta–. Es una lástima, Déllano Gris. Nos habría encantado contar con tus servicios. –La sonrisa se hizo más afilada–. Y habríamos pagado muy bien por ellos, te lo aseguro. –Y con un balanceo que tal vez fuera un gesto de despedida, se dio la vuelta y echó a andar. En unos segundos la noche se le vino encima. Antes de desaparecer por completo, Déllano escuchó de nuevo su voz equivocada–. Si cambias de opinión solo tienes que empujar.

Déllano se quedó solo bajo la lluvia, mirando de soslayo hacia la puerta de la cafetería. No lo había sentido en un principio, pero ahora, después de que aquel extraño personaje se lo hubiera advertido, no tuvo problema alguno en percibir, a un nivel de resonancia muy bajo, el poder de aquel lugar. No era nada demasiado espectacular, pero estaba ahí, más que latente. Si entrecerraba los ojos era capaz de ver la energía vibrante que crepitaba en torno al edificio, débil y deslavazada pero, por lo visto, lo bastante poderosa como para proyectar una sombra: una dislocación simétrica y habitable en un espacio-tiempo paralelo. No eran sitios que a Déllano le gustara visitar. Había demasiada magia suelta en esos lugares y